

la Eucaristía; y en verdad, ¡cuántas iglesias entregadas á la herejía, en las cuales contó antiguamente Jesucristo con fervientes adoradores! ¡Cuando el amor de éstos se ha extinguido, Jesucristo ha huido! Y no ha vuelto á entrar en ellas.

Lo que causa espanto á los verdaderos fieles es ver hoy, en tantas ciudades, á Jesucristo-Eucaristía abandonado, solo, completamente solo. ¡Y en nuestras aldeas se cierran las iglesias por miedo á los ladrones y porque nadie entra en ellas! ¿Es esto posible? ¿Queremos, por ventura, perder el precioso tesoro de la Eucaristía?

No echemos en olvido que, al marcharse Jesucristo, han de volver los patibulos, la persecución, la barbarie.

¿Quién podrá contener, quién será capaz de conjurar estas públicas calamidades?

¡Oh Señor, permanece con nosotros! ¡Nosotros seremos tus fieles adoradores! ¡Preferible sería el desierto, la mendicidad, la muerte, que el vernos privados de ti!

No nos impongas, Señor, el castigo de verte abandonar el santuario de tu amor.

Permanece, permanece, Dios mío, con nosotros, porque se hace tarde, y sin ti la noche se nos viene encima: *Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit.*

---

de todas las naciones católicas de Europa (Nota de la presente edición.)



## EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

NO ES AMADO

*Tota die expandi manus  
meas ad populum non creden-  
tem et contradicentem.*

«Todos los días he tendido mis manos á un pueblo que no cree y me rechaza.»

(Róm. X, 21.)

### I

**A**Y de nosotros! ¡Por desgracia es cierto en demasía, que Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento no es amado!

No lo es desde luego por esos millones de paganos, por esos millones de judíos y de infieles, por esos millones de cismáticos y herejes que no conocen ó conocen mal la Eucaristía.

¡Ah! entre tantos millares de criaturas en las cuales ha puesto Dios un corazón capaz de amar, ¡cuántas amarían á Jesús Sacramentado si le conocieran como yo!

¿No deberé yo esforzarme por lo menos en amarle por ellas, en lugar de ellas?

Entre los católicos, pocos, muy pocos aman á Je-

sús en el Santísimo Sacramento: ¿cuántos piensan en Él, hablan de Él, y van á adorarle y recibirle con frecuencia?

¿Por qué este olvido, este desvío, esta frialdad? ¡Ah! es que no han gustado jamás la suavidad de la Eucaristía, las delicias de su amor.

¿Es que jamás han conocido á Jesús en su bondad!

¿Es que no se dan cuenta de la inmensidad de su amor en el Santísimo Sacramento!

Algunos tienen fe en Jesucristo, pero una fe muerta, inactiva, una fe tan superficial que no llega al corazón, sino que se limita á lo que exige rigurosamente la conciencia para alcanzar la salvación. Y aun estos últimos son relativamente pocos entre tantos católicos que viven cual verdaderos paganos, como si jamás hubiesen oído hablar de la Eucaristía.

## II

¿Cuál es la causa de que Nuestro Señor Jesucristo sea tan poco amado en la Eucaristía?

Esto depende de que no se habla bastante de ella, de que no se recomienda más que la fe en la presencia de Jesucristo, en vez de hablar de su vida, de su amor en el Santísimo Sacramento; en lugar de hacer resaltar los sacrificios que le impone su amor; en una palabra, en vez de presentar á Jesús-Eucaristía como amante de cada uno de nosotros personalmente.

Otra de las causas es nuestra conducta tibia, que acusa en nosotros poco amor; viéndonos orar, adorar, frecuentar la iglesia, casi no se comprende la presencia de Jesucristo.

¿Cuántos, aun entre los mejores, no hacen jamás

una visita de devoción al Santísimo Sacramento, para hablarle con el corazón y significarle su amor? Estos, pues, no aman á Jesucristo en la Eucaristía, porque no le conocen bastante.

Pero si realmente le conocen con su amor, si tienen idea de los sacrificios, de los deseos de su corazón, y si á pesar de todo esto no le aman, ¿qué injuria no le infieren!

Sí, ¿qué injuria!

Porque esto vale tanto como decir á Jesucristo que no es suficientemente bueno y amable para ser preferido á aquello que les agrada.

¿Qué ingratitud!

Después de tantas gracias recibidas de este buen Salvador, de tantas promesas de amarle, de haberse ofrecido tantas veces á servirle, el tratarle así es burlarse de su amor

¿Qué cobardía!

Porque si no se quiere conocerle más, si se rehúsa el verle de cerca, recibirle y hablarle cordialmente, es porque se teme el ser cogido por las redes de su amor. ¡Tiéneselo miedo de no poder resistir á su bondad, de verse uno obligado á rendirse y á sacrificarle su corazón sin reserva, su espíritu y su vida sin condición!

¿Se tiene miedo al amor de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y se huye de Él!

Túrbase uno en su presencia y teme ceder. Como lo hicieron Pilato y Herodes, se esquivo, se elude su encuentro.

## III

No se ama á Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento porque se ignoran ó no se consideran suficientemente los sacrificios que allí hace su amor. Son éstos tan estupendos, tan sorprendentes, que sólo de pensar en ellos se me oprime el corazón y asoman las lágrimas á mis ojos.

La institución de la Eucaristía ha sido á costa de la Pasión del Salvador. ¿Cómo es esto? me preguntan. Porque la Eucaristía es el sacrificio de la Nueva Ley; ahora bien, no hay sacrificio sin víctima; la inmolación exige la muerte de la víctima, y para participar de los méritos del sacrificio se necesita comer parte de la víctima. Pues todo esto se halla en la Eucaristía.

Ella es el sacrificio incruento, porque la víctima murió una sola vez, y por esta sola muerte reparó y mereció toda justificación; pero se perpetúa en su estado de víctima para aplicarnos los méritos del sacrificio cruento de la cruz, que debe durar y ofrecerse á Dios hasta el fin del mundo. Nosotros debemos también comer nuestra parte de la víctima; pero si no se hallase en este estado de muerte, sentiríamos excesiva repugnancia en comerla; pues no se come sino aquello que está muerto á su vida propia.

De suerte que la Eucaristía se instituyó á costa de la agonía en el jardín de las Olivas, de las humillaciones que hubo de sufrir ante los tribunales de Caifás y de Pilato y, finalmente, de su muerte en el Calvario. La víctima debía pasar por todas estas humillaciones para llegar hasta el estado sacramental y hasta nosotros.

Al instituir su Sacramento, Jesús perpetuaba los sacrificios de su Pasión y se condenaba á sufrir:

Un abandono tan doloroso como aquel que le contristó en el jardín de las Olivas;

La traición de sus amigos, de sus discípulos, ante los cismáticos, herejes, apóstatas que habían de vender la santa Hostia á los judíos y á los incrédulos;

Perpetuaba las negaciones de que fué objeto en casa de Anás;

Los furores sacrilegos de Caifás;

El desprecio de Herodes;

La cobardía de Pilato;

La vergüenza de ver que en muchos, en muchísimos casos había de ser preferida una pasión, un ídolo de carne á su bondad soberana, como antes se había visto postergado á Barrabás;

La crucifixión sacramental en el cuerpo y alma del que comulga sacrilegamente.

Pues bien; Jesucristo sabía todo esto con anticipación, conocía á todos los nuevos Judas, los contaba entre los suyos, entre sus hijos amados; todo esto no le arredró, sin embargo, y quiso que su amor fuese más lejos que la ingratitude y malicia del hombre; quiso sobrevivir á la malicia sacrilega del impío.

Jesucristo conocía anticipadamente la tibieza de los suyos, la mía propia; el poco fruto que habría de sacarse de la comunión, y, no obstante, ha querido amar, ha querido amar más de lo que había de ser amado, más de lo que el hombre le pudiese agradecer.

¿Qué más? Jesucristo tuvo que someterse á ese estado de muerte, propio de la Eucaristía, siendo

así que posee la plenitud de la vida, y de una vida sobrenatural y gloriosa; ¿ser tratado como un difunto y mirado como tal no es gran sacrificio ciertamente? Ese estado de muerte dice que Jesucristo está allí sin belleza, sin movimiento, sin defensa, envuelto en las santas especies como en un sudario, y colocado en el Tabernáculo como en un sepulcro, y no obstante, allí está Él viéndolo todo, oyéndolo todo. Él lo sufre todo como si se hallase muerto en la apariencia. Su amor ha velado su poder, su gloria, sus manos, sus pies, su hermoso rostro, su sagrada boca, todo, en una palabra. No le ha dejado más que su Corazón para amar y su estado de víctima para interceder en favor nuestro.

A la vista de tan excesivo amor de Jesucristo para con el hombre, que se muestra tan poco agradecido por tanta bondad, parece como que el demonio triunfa é insulta á Jesús. «Yo—dice Satanás á Jesucristo—no doy al hombre nada verdadero, bello ni bueno; no he sufrido por él; y, sin embargo, soy más amado, más obedecido y mejor servido que Vos mismo.»

¡Ay! y es muy cierto por desgracia: nuestra frialdad é ingratitud conceden al demonio el triunfo contra Dios.

¿Cómo podemos olvidar el amor de Jesucristo Nuestro Señor, un amor que tanto le ha costado y por el cual no ha perdonado sacrificio alguno?

#### IV

Es también cierto que el mundo hace los mayores esfuerzos para impedir que se ame á Jesús en el Santísimo Sacramento con amor verdadero y prácti-

co, para impedir que se le visite, y lograr que se paralicen los efectos de este amor.

El mundo absorbe, sujeta y cautiva las almas en las ocupaciones, en las obras buenas externas, desviándolas de meditar algún tiempo en el amor de Jesús.

Llega hasta combatir directamente este amor práctico, presentándole como innecesario, y como posible, á lo sumo, en un claustro.

El demonio libra una continua batalla contra nuestro amor hacia Jesucristo Sacramentado.

Él sabe que allí está Jesús vivo, substancial, atrayendo y tomando posesión directa é inmediata de las almas: borra en nosotros el pensamiento, la imagen y la buena impresión de la Eucaristía. Esto es decisivo para sus malvados fines.

Y, sin embargo, Dios es todo amor.

Desde el fondo de su Hostia sacrosanta nos grita de continuo el buen Jesús: ¡Amadme como yo os he amado; perseverad en mi amor!

Yo he venido á traer sobre la tierra el fuego del amor, y mi deseo más ardiente es que abrase vuestros corazones.

¡Ah! en la muerte y después de la muerte, ¿qué habremos de pensar de la Eucaristía, cuando veamos y conozcamos toda su bondad, todo su amor, todas sus riquezas?

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué habréis de pensar de mí que os conozco hace ya tanto tiempo, y que comulgo con tanta frecuencia? Vos me habéis dado cuanto podíais darme.

Queréis que yo os sirva en justa correspondencia, y yo no poseo todavía la primera virtud de este servicio.

Vos no sois mi ley suprema, el centro de mi corazón, el fin de mi vida.

¿Qué, pues, os resta que hacer para triunfar de mi corazón?

Señor, esto ha terminado, y de hoy en adelante será ésta mi divisa: ¡O la Eucaristía ó la muerte!



## EL TRIUNFO DE JESUCRISTO

POR LA EUCARISTÍA

*Christus vincit, regnat,  
imperat; ab omni malo ple,  
bem suam defendat.*

« Jesucristo vence, reina,  
imperat; Él libre á su pue-  
blo de todo mal »

**E**L Papa Sixto V hizo grabar estas palabras en el obelisco que se levanta en medio de la plaza de San Pedro, en Roma.

Estas magníficas palabras están en presente, y no en pretérito, para indicarnos que el triunfo de Jesucristo es siempre actual, y que este triunfo se obtiene por la Eucaristía y en la Eucaristía.

### I

*Christus vincit.*—Cristo vence, es vencedor.

Jesucristo ha combatido, quedando dueño del campo de batalla; por esto enarboló en él su estandarte, fijó allí su residencia, que es la Hostia santa, el Tabernáculo eucarístico.

Venció al judaísmo y su templo, y sobre el Calva-

rio hay un Tabernáculo, donde todas las naciones le adoran bajo las especies del Sacramento.

Venció al paganismo, y eligió para su capital la ciudad de los Césares. Su Tabernáculo se halla también en el templo de Júpiter Tonante.

Ha vencido la falsa sabiduría de los sabios, y ante la divina Eucaristía que se levanta sobre el mundo y extiende sus rayos sobre toda la tierra, huyeron las tinieblas, como las sombras de la noche al aproximarse el astro del día. Se derrumbaron los ídolos y fueron abolidos los sacrificios; Jesucristo-Eucaristía es un conquistador que no se detiene jamás, que marcha siempre adelante: se ha propuesto someter el mundo á su dulce mando.

Cuantas veces se apodera de un país, planta en él su regia tienda eucarística; la erección de un Tabernáculo es su toma de posesión; aun en nuestros mismos días dirígese á las naciones salvajes, y por doquiera que se ha llevado la Eucaristía, los pueblos se han convertido y se convierten al cristianismo; éste es el secreto del triunfo de nuestros misioneros católicos y del fracaso de los predicadores protestantes. Aquí es el hombre quien combate, allí es Jesucristo, cuyo triunfo es seguro.

## II

*Christus regnat.*— Jesucristo reina.

Jesús no reina sobre los territorios, sino sobre las almas; y esto por la Eucaristía.

Un Rey debe reinar por sus leyes y por el amor que sus súbditos le profesan.

Ahora bien; la Eucaristía es la ley del cristiano;

ley de caridad, de amor. publicada en el Cenáculo en el admirable discurso pronunciado después de la Cena: *Amaos los unos á los otros, este es mi precepto. Amaos como yo os he amado. Permaneced en mí y observad mis mandamientos.*

Ley revelada en la Comunión: como los discípulos de Emaús. el cristiano ve entonces claro y comprende la plenitud de la ley.

La fracción del pan era lo que hacía á los primeros cristianos tan fuertes contra las persecuciones, tan fieles para practicar la ley de Jesucristo: *Erant perseverantes in communicatione fractionis panis*: Perseveraban en la fracción del pan.

La ley de Jesucristo es una, santa, universal, eterna; nada en ella se cambiará, nada debilitará su pujanza: el mismo Jesucristo, su divino autor, la observa. Y Él es quien la graba en nuestro corazón por su amor. El mismo legislador es quien promulga su divina ley en cada una de nuestras almas.

Es una ley de amor. ¿Cuántos Reyes reinan por amor? Jesucristo es el único cuyo yugo no se haya impuesto por la fuerza; su reinado es la dulzura misma; sus verdaderos súbditos se entregan á Él en vida y muerte: mueren para permanecerle fieles.

## III

*Christus imperat.* Jesucristo manda.

Ningún Rey manda al universo mundo; cualquiera de ellos tiene frente á sí otros Reyes que son sus iguales. Pero Dios Padre, dijo á Jesucristo: *Te daré en herencia todas las naciones.* Así que Jesús, al enviar á sus lugartenientes por el mundo, les dijo:

«Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id y enseñad, mandad á las naciones todas.»

Del Cenáculo partieron estas órdenes; el Tabernáculo eucarístico, prolongación, multiplicación del Cenáculo es el cuartel general del Rey de los reyes. Allí reciben sus órdenes todos los que combaten por la buena causa.

Ante Jesús-Eucaristía todos son súbditos, todos obedecen, desde el Papa, Vicario de Jesucristo, hasta el simple fiel.

Jesucristo manda.

#### IV

*Christus ab omni malo plebem suam defendat:*  
Que Jesucristo nos defienda de todo mal.

La Eucaristía es el divino pararrayos que aleja de nosotros, de nuestras cabezas, los rayos de la justicia divina. Así como una madre bondadosa y tierna que, para sustraer á su hijo de la cólera del irritado padre, le oculta en su seno, le rodea con sus brazos y hace de su cuerpo como una muralla para resguardarle, así también Jesús se ha multiplicado por el mundo, cubre la tierra y la rodea con su misericordiosa presencia. La justicia divina ya no sabe entonces dónde herir, ni se atreve á ello.

Y contra el demonio, ¡qué protección tan eficaz! La sangre de Jesús que colora nuestros labios, nos hace terribles á Satanás; marcados con la sangre del Cordero verdadero, el ángel exterminador no penetrará en nosotros.

La Eucaristía protege al culpable para que tenga tiempo y ocasión de arrepentirse: en otro tiempo el

homicida perseguido por la justicia se refugiaba en una iglesia, de donde no podían sacarle para ser castigado; allí vivía á la sombra de la misericordia de Jesucristo.

¡Ah! sin la Eucaristía, sin ese Calvario perpetuo, ¡cuántas veces la cólera divina hubiese estallado sobre nuestras cabezas!

¡Y cuán desgraciados son los pueblos que han perdido ya la Eucaristía! ¡Qué tinieblas, qué anarquía en los espíritus, qué frialdad en los corazones! Sólo Satanás reina como dueño y señor, y con él todas las malas pasiones.

En cuanto á nosotros, la Eucaristía nos libre de todos los males: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat; ab omni malo plebem suam defendat!*

